

Un verano, en mis andanzas como mochilero, estaba almorzando en la habitación de una posada en el país occidental, cuando se abrió la puerta y entró un viejo rústico, que cruzó cerca de mi mesa y se sentó en el asiento junto a la ventana. Intercambiamos miradas, o, hablando con propiedad, asentimientos de cabeza, porque en ese momento yo no levanté los ojos a su rostro, tan preocupado estaba con la importante tarea de satisfacer un apetito ganado al caminar doce millas por un terreno difícil.

La lluvia fina y cálida, que desde las siete se había levantado en una especie de niebla luminosa sobre las copas de los árboles, ahora flotaba muy por encima en un cielo azul profundo, y el día se asentaba en un resplandor de luz dorada. Era uno de esos días peculiares de Somerset y North Devon, cuando los huertos brillan y los prados parecen añadir un resplandor propio, tan brillantemente suaves son los colores de la hierba y el follaje.

La hija del posadero, una doncella con una sencilla simpatía campesina, entró en ese momento con una taza espumosa de peltre, preguntó por mi bienestar y volvió a salir. Aparentemente, ella no se había fijado en el anciano sentado en el banco junto a la ventana, ni él, por su parte, había vuelto la cabeza ni una sola vez en nuestra dirección.

En circunstancias normales, probablemente no debería haber pensado en este otro ocupante de la habitación; pero el hecho de que el lugar estaba reservado para mi uso privado, y la singularidad de que él miraba sin rumbo fijo por la ventana, sin ningún intento de entablar una conversación conmigo, atrajo mis ojos más de una vez con cierta curiosidad hacia él, y pronto me sorprendí preguntándome por qué se sentaba allí en silencio, y siempre con la cabeza vuelta.

Era, vi, un anciano bastante encorvado vestido con ropa rústica. La piel de su rostro estaba arrugada como la de una manzana; los pantalones de pana estaban atados con un cordón por debajo de la rodilla y vestía una especie de chaqueta marrón muy desteñida. Su mano delgada descansaba sobre un bastón robusto. No usaba sombrero ni lo llevaba, y noté que su cabeza, cubierta de cabellos plateados, tenía una forma fina y daba la impresión de algo noble.

Aunque bastante molesto por su estudiada indiferencia, llegué a la conclusión de que

probablemente tenía algo que ver con el pequeño albergue y tenía todo el derecho de usar esta habitación con libertad. Terminé mi almuerzo sin romper el silencio y luego tomé el banco de enfrente para fumarme una pipa antes de seguir mi camino.

A través de la ventana abierta llegaban los aromas de los árboles frutales en flor; el huerto estaba bañado por el sol y las ramas bailaban perezosamente en la brisa; abajo, la hierba brillaba con margaritas blancas y amarillas, y las rosas rojas que trepaban en profusión por la ventana mezclaban su perfume con el olor dulce y penetrante del mar.

Era un lugar para perder el tiempo, descansar y soñar toda una tarde, observando las mariposas dormidas y escuchando el coro de pájaros que parecían llenar todos los rincones del cielo. De hecho, ya estaba debatiendo en mi mente si quedarme y disfrutarlo todo en lugar de tomar el camino extenuante por las colinas, cuando el viejo rústico de repente volvió su rostro hacia mí por primera vez y comenzó a hablar.

Su voz tenía una nota tranquila y soñadora que estaba bastante en armonía con el día y la escena, pero sonaba muy lejana, pensé, casi como si viniera a mí desde afuera, donde las sombras estaban tejiendo su eterna trama de sueños. Además, no había rastro en él de la tosquedad que cabría esperar naturalmente y, cuando vi el rostro completo del hablante, noté algo en sus ojos profundos y gentiles. Su voz provocó agradables ondas de sonido hacia mí, y las palabras, si no recuerdo mal, fueron...

—¿Eres forastero por estos lares? ¿No te resulta extraña esta parte del país?

No hubo ningún «señor», ni signos visibles de la deferencia que la gente del campo suele mostrar al visitante criado en la ciudad, pero en su lugar había una gentileza, casi una dulzura, de cortés simpatía.

Respondí que estaba vagando a pie por una parte del país que era completamente nueva para mí, y que me sorprendía no encontrar un lugar de tan idílico encanto marcado en mi mapa.

—He vivido aquí toda mi vida —dijo con un suspiro—, y nunca me canso de volver.

—¿Entonces ya no vives en la zona?

—Me he mudado —respondió brevemente, y agregó, después de una pausa en la que sus ojos parecieron vagar con nostalgia hacia la abundancia de flores más allá de la ventana—; pero casi lo siento, porque en ningún otro lugar he encontrado la luz del sol tan cálida, las flores tan dulces, o los vientos y las corrientes tocando una música tan tierna...

Su voz se desvaneció en una fina corriente de sonido que se perdió en el susurro del rosal que trepaba por la ventana, porque apartó la cabeza de mí mientras hablaba y

miró hacia el jardín. Fue imposible disimular mi sorpresa. Levanté los ojos con franco asombro al oír una expresión tan poética de tal hombre, aunque al mismo tiempo me di cuenta de que no era en absoluto inapropiado, y que, de hecho, no se podría haber esperado apropiadamente de él ningún otro tipo de expresión.

—Estoy seguro de que tiene razón —respondí al fin, cuando quedó claro que había dejado de hablar—. Hay algo de encanto aquí, un verdadero encanto de hadas que me hace pensar en las visiones de los días de la infancia, antes de que uno supiera nada de... de...

Me había sentido extrañamente atraído por su vena poética, una fuerza interior me obligaba. Pero aquí pasó el hechizo y no pude captar los pensamientos que un momento antes habían abierto un largo panorama ante mi visión interior.

—A decir verdad —concluí sin convicción—, el lugar me fascina y estoy considerando si debo ir más lejos.

Recuerdo haber pensado que era extraño estar hablando así con un extraño a quien conocí en una posada de campo, porque siempre ha sido uno de mis defectos que, para los desconocidos, mis modales van de toscos a malhumorados. Era como si fuéramos figuras reunidas en un sueño, hablando sin sonido, obedeciendo leyes que no operan en el mundo cotidiano, y quizás a punto de jugar con una nueva escala de espacio y tiempo. Pero mi asombro pasó rápidamente a un sentimiento diferente cuando me di cuenta de que el anciano había vuelto a apartar la cabeza de la ventana y me miraba con ojos tan brillantes que casi parecían arder con una llama interior. Su mirada estaba fija en mi rostro, y toda su actitud se había vuelto alerta y concentrada. Había algo en él que desató pequeños escalofríos de emoción por mi espalda. Me encontré con su mirada directamente, pero con un temblor interior.

—Quédate, pues, un ratito más —dijo en voz mucho más baja y profunda que antes—. Quédate, y te contaré algo del propósito de mi venida.

Se detuvo abruptamente. Fui consciente de un decidido escalofrío.

—Entonces, ¿tienes un propósito especial... para regresar? —pregunté, apenas sabiendo lo que decía.

—Llamar a alguien —prosiguió con la misma voz emocionada—, alguien que no está del todo preparado, pero que se necesita en otra parte para un propósito más digno.

Había una tristeza en su actitud que me desconcertó más que nunca.

—Te refieres a... —comencé con un inexplicable acceso de temblor.

—He venido por alguien que debe irse pronto, así como yo me he ido.

Me observó con una mirada terriblemente penetrante. Aunque estaba temblando, me di cuenta de que algo se movía dentro de mí que nunca antes se había movido, aunque por mi vida no podría haberle puesto un nombre, ni haber analizado su naturaleza. Por un solo segundo comprendí claramente que el pasado y el futuro existen en realidad uno al lado del otro en un inmenso Presente; que era yo quien se movía de un lado a otro entre apariencias cambiantes y proteicas.

El anciano apartó los ojos de mi rostro y la visión momentánea de un universo más poderoso se desvaneció por completo. La razón recuperó su dominio sobre un reino aburrido y limitado.

—Ven esta noche —oí decir al anciano—, ven a mí esta noche al Bosque de los Muertos. Ven a medianoche...

Involuntariamente me agarré al brazo del asiento para sostenerme, porque entonces sentí que estaba hablando con alguien que sabía más de las cosas que son y serán, de lo que yo podría saber mientras estaba en mi cuerpo, trabajando a través de los canales ordinarios de sentido, y esta curiosa promesa a medias de un levantamiento parcial del velo tuvo un efecto innegable sobre mí.

La brisa del mar se había extinguido y las flores estaban quietas. Una mariposa amarilla flotaba perezosamente frente a la ventana. El canto de los pájaros se acalló, olí el mar, el perfume del aire cálido del verano que se elevaba de los campos y las flores, los aromas inefables de junio y de los largos días del año, y con él, de innumerables verdes prados más allá, llegó el zumbido de una miríada de vida estival, voces de niños, dulces flautas y el sonido del agua cayendo.

Sabía que estaba en el umbral de un nuevo orden de experiencia, de un éxtasis. Algo me atrajo con una sensación de anhelo inexpresable hacia el ser de este extraño anciano en el asiento de la ventana, y por un momento supe lo que era saborear una sensación poderosa y maravillosa, y tocar el pináculo más alto de alegría que he tenido. Duró menos de un segundo y desapareció; pero en ese breve instante me vino la misma terrible lucidez que ya me había mostrado cómo el pasado y el futuro existen en el presente, y me di cuenta y comprendí que el placer y el dolor son una y la misma fuerza, por el gozo que acababa de experimentar incluía todo el dolor que alguna vez había sentido, o que alguna vez podría sentir.

La luz del sol se convirtió en un resplandor deslumbrante, se desvaneció, pasó. Las sombras se detuvieron en su danza sobre la hierba, se profundizaron un momento y luego se desvanecieron en el aire. Las flores de los árboles frutales reían con su risita plateada mientras el viento susurraba sobre los ojos radiantes del viejo. Una o dos veces una voz me llamó por mi nombre. Una maravillosa sensación de ligereza

comenzó a apoderarse de mí.

De repente, la puerta se abrió y entró la hija del posadero. Según todos los estándares, la suya era una encantadora belleza rural, nacida de las estrellas y las flores silvestres, de la luz de la luna que brillaba a través de las nieblas otoñales sobre el río y los campos; sin embargo, en contraste con el orden superior con el que acababa de estar momentáneamente en contacto, parecía casi fea. Qué apagados parecían sus ojos, qué fina su voz, qué insípida su sonrisa.

Por un momento se interpuso entre el anciano junto a la ventana y yo mientras contaba el pequeño cambio para mi comida y sus servicios; pero cuando, un instante después, se hizo a un lado, vi que el banco estaba vacío y que ya no había nadie en la habitación más que nosotros dos.

Este descubrimiento no me sorprendió; de hecho, casi lo esperaba. El anciano se había ido como una figura sale de un sueño, sin causar sorpresa y dejándome como parte integrante del mismo sueño sin romper su continuidad. Pero, tan pronto como hube pagado mi cuenta y reanudé el hilo de mi conciencia normal, me volví hacia la chica y le pregunté si conocía al anciano que había estado sentado en el asiento de la ventana, le pregunté sobre el Bosque de los Muertos.

La doncella se sobresaltó, mirando rápidamente alrededor de la habitación vacía, pero respondiendo simplemente que no había visto a nadie. Lo describí con gran detalle, y luego, a medida que la descripción se hizo más clara, se puso un poco pálida bajo su hermoso bronceado y dijo muy gravemente que debía haber sido el fantasma.

—¡Fantasma! ¿Qué fantasma?

—Oh, el fantasma del pueblo —dijo en voz baja, acercándose a mi silla con un pequeño movimiento nervioso de genuina alarma—. ¡Dicen que viene antes de una muerte!

No fue difícil inducir a la muchacha a hablar, y la historia que me contó, despojada de la superstición que obviamente había acumulado con los años el recuerdo de una figura extrañamente pintoresca, fue interesante y peculiar.

La posada, dijo, era originalmente una casa de campo ocupada por un granjero, evidentemente de carácter superior, aunque bastante excéntrico, que había sido muy pobre hasta que llegó a la vejez, cuando un hijo murió repentinamente en las Colonias y le dejó una cantidad inesperada de dinero, casi una fortuna.

El anciano, por tanto, no alteró ni un ápice su manera sencilla de vivir, sino que dedicó sus ingresos a la mejora de la aldea y a la ayuda de sus habitantes; lo hizo independientemente de sus gustos y aversiones personales, como si todos y cada uno fueran iguales a él, objetos de una benevolencia genuina e impersonal. La gente

siempre le había tenido un poco de miedo, no entendiendo sus excentricidades, pero la simple fuerza de este amor por la humanidad cambió todo eso en muy poco tiempo; y antes de morir llegó a ser conocido como el Padre de la Aldea y todos lo querían y veneraban.

Sin embargo, poco tiempo antes de su fin, comenzó a actuar de manera extraña. Gastó su dinero con la misma utilidad y sabiduría, pero el impacto de la riqueza repentina tras una vida de pobreza, decía la gente, había perturbado su mente. Afirmó ver cosas que otros no vieron, escuchar voces y tener visiones. Evidentemente, no era de la orden inofensiva, tonta, visionaria, sino un hombre de carácter y de gran fuerza personal, pues la gente se dividió en sus opiniones, y el vicario, buen hombre, lo consideró y trató como un «caso especial».

Para muchos, su nombre y ambiente se cargaron casi con una influencia espiritual que no fue de las mejores. La gente citaba los textos sagrados al verlo; se mantuvo fuera de su camino cuando fue posible, y evitó su casa después del anochecer. Nadie lo entendía, pero aunque la mayoría lo amaba, un elemento de pavor y misterio se asoció con su nombre, principalmente debido a los chismes ignorantes de unos pocos.

Una arboleda de pinos detrás de la finca —la niña me los señaló en la ladera de la colina— era el Bosque de los Muertos, porque justo antes de que alguien muriera en el pueblo, él los veía entrar, cantando. Ninguno de los que entraban volvía a salir. A menudo mencionaba los nombres a su esposa, quien generalmente los comentaba a todos los habitantes una hora después de la confidencia. Se encontró que la gente que el hombre había visto entrar en el bosque efectivamente había muerto.

En las cálidas noches de verano a veces tomaba un palo viejo y paseaba, sin sombrero, bajo los pinos, porque amaba este bosque, y solía decir que allí se encontraba con todos sus viejos amigos, y que algún día entraría para no volver jamás. Su esposa trató de quitarle suavemente este hábito, pero él siempre se salió con la suya; y una vez, cuando ella lo siguió y lo encontró de pie bajo un gran pino en la parte más espesa de la arboleda, hablando seriamente con alguien que ella no podía ver, él se volvió y la reprendió muy suavemente, pero de tal manera que ella nunca repitió el experimento.

—Nunca debes interrumpirme, Mary, cuando estoy hablando con los demás, porque me enseñan cosas maravillosas, y debo aprender todo lo que pueda antes de unirme a ellos.

Esta historia corrió como un reguero de pólvora por el pueblo, aumentando con cada repetición, hasta que finalmente todos pudieron dar una descripción precisa de las grandes figuras veladas que la mujer declaró haber visto moverse entre los árboles donde estaba su esposo. El inocente pinar se convirtió en un lugar embrujado, y el título de Bosque de los Muertos se aferró naturalmente como si los compiladores del Ordnance Survey lo hubieran aplicado en el curso normal de los acontecimientos.

En la noche de su nonagésimo cumpleaños, el anciano se acercó a su esposa y la besó. Sus modales eran cariñosos y muy amables, y además había algo en él, declaró ella después, que la asombró. Sintió que era más un espíritu que un hombre.

La besó con ternura en ambas mejillas, pero sus ojos parecían atravesarla mientras hablaba.

—Queridísima esposa —dijo—, me despido de ti, porque ahora voy al Bosque de los Muertos y no regresaré. No me sigas ni envíes a buscar, pero prepárate para emprender pronto el mismo viaje.

La buena mujer se echó a llorar y trató de abrazarlo, pero se le escapó de las manos y ella tuvo miedo de seguirlo. Lentamente lo vio cruzar el campo a la luz del sol y luego adentrarse en las frescas sombras del bosquecillo, donde desapareció de su vista.

Esa misma noche, mucho más tarde, despertó y lo encontró tumbado plácidamente a su lado en la cama, con un brazo extendido hacia ella, muerto. Su historia fue medio creída, pero a los pocos años llegó a ser aceptada por todo el campo. Se celebró un funeral al que acudió la gente en gran número, y todos aprobaron el sentimiento que llevó a la viuda a añadir el título: «Padre del Pueblo», después de los textos habituales que aparecían sobre la lápida de su tumba.

Esta fue, pues, la historia que reconstruí del fantasma del pueblo tal como me la contó la hija del posadero aquella tarde en el salón de la posada.

—No eres el primero en decir que lo has visto —concluyó la chica—; y tu descripción es justo lo que siempre hemos escuchado, y esa ventana, dicen, era donde solía sentarse y pensar, cuando estaba vivo, y a veces, dicen, llorar durante horas.

—¿Sentirías miedo si lo hubieras visto? —pregunté, porque la chica parecía extrañamente conmovida e interesada en toda la historia.

—Creo que sí —respondió con timidez—. Seguramente, si él me hablara. Pero habló con usted, ¿no es así, señor? —preguntó después de una pequeña pausa.

—Dijo que había venido por alguien.

—Por alguien —repitió—. ¿Dijo a quién?

—No, no dijo a quién —dije rápidamente, notando la sombra repentina en su rostro y la voz trémula.

—¿Está seguro, señor?

—Oh, bastante seguro —respondí alegremente—. Ni siquiera se lo pregunté.

La chica me miró fijamente durante casi un minuto entero, como si hubiera muchas cosas que quisiera decirme o preguntarme. Pero no dijo nada, recogió su bandeja de la mesa y salió lentamente de la habitación.

En lugar de ceñirme a mi propósito original y avanzar hacia el próximo pueblo, ordené que me prepararan una habitación en la posada, y esa tarde la pasé vagando por los campos, recostado bajo los árboles frutales, mirando las nubes navegando sobre el mar. Al Bosque de los Muertos lo contemplé de lejos, pero en el pueblo visité la piedra erigida en memoria del «Padre del Pueblo», que no era, evidentemente, ningún personaje mítico. Vi también los monumentos de su excelente espíritu desinteresado: la escuela que construyó, la biblioteca, el hogar para ancianos pobres y el pequeño hospital.

Esa noche, cuando el reloj de la torre de la iglesia daba las once y media, salí sigilosamente de la posada y me arrastré por el oscuro huerto y el henar en dirección a la colina cuya ladera sur estaba cubierta por el Bosque de los Muertos. Un interés genuino me impulsó a la aventura, pero también me vi obligado a confesar un cierto hundimiento en mi corazón mientras caminaba a por el campo en la oscuridad, porque me acercaba a lo que podría resultar el lugar de nacimiento de un verdadero mito del país, un lugar ya levantado por los pensamientos imaginativos de un número considerable de personas.

La posada se extendía debajo de mí y, a su alrededor, el pueblo se apiñaba en una suave sombra que no se veía aliviada por una sola luz. Era noche sin luna, pero claramente luminosa, porque las estrellas llenaban el cielo. El silencio del sueño profundo estaba en todas partes; tan quieto, de hecho, que cada vez que mi pie golpeaba una piedra pensaba que el sonido podía oírse abajo en el pueblo y despertar a los durmientes.

Subí la colina lentamente, pensando en la extraña historia del noble anciano que había aprovechado la oportunidad de hacer el bien a sus semejantes en el momento en que se le presentó, y preguntándome por qué las causas que operan detrás de la vida humana no siempre seleccionan instrumentos tan admirables. Una o dos veces, un ave nocturna voló en círculos sobre mi cabeza, pero los murciélagos hacía tiempo que se habían ido a descansar y no había ninguna otra señal de vida.

Entonces, de repente, con un singular escalofrío de emoción, vi los primeros árboles del Bosque de los Muertos levantarse frente a mí en un alto muro negro. Sus crestas se erguían como lanzas contra el cielo estrellado; y aunque no había ningún movimiento perceptible, oí un sonido débil y rápido entre sus ramas cuando la brisa de la noche pasó sobre sus innumerables agujas. Un murmullo silencioso y remoto se

elevó sobre sus cabezas y se extinguió de nuevo, casi de inmediato; porque en estos árboles el viento parece no estar nunca en reposo, y en el día más tranquilo siempre hay una especie de música susurrante entre sus ramas.

Por un momento dudé, en el borde de este bosque oscuro, y escuché atentamente. Delicados perfumes de tierra y corteza salieron a mi encuentro. Me enfrentó una oscuridad impenetrable. Sólo la conciencia de que estaba obedeciendo una orden, extrañamente dada, y que incluía un gran privilegio, me permitió encontrar el valor para avanzar y pasar con valentía bajo los árboles.

Instantáneamente las sombras se cerraron sobre mí y «algo» salió a mi encuentro desde la oscuridad. Debería decir que una mano fría agarró la mía y me condujo por caminos invisibles a las desconocidas profundidades de la arboleda; pero de todos modos, sin tropezar, y siempre con la certeza de que iba hacia el objeto deseado, avancé con confianza y seguridad. Tan oscuro estaba que, al principio, ni un solo rayo de estrellas atravesó el techo de ramas; y, mientras avanzábamos, uno al lado del otro, los árboles pasaban silenciosamente a nuestro lado en largas filas, escuadrón tras escuadrón, como las unidades de un vasto ejército silencioso.

Y, por fin, llegamos a un espacio relativamente abierto donde los árboles se detuvieron sobre nosotros. Mirando hacia arriba, vi que el río blanco del cielo comenzaba a ceder ante la influencia de una nueva luz que ahora parecía extenderse.

—Amanece —dijo la voz a mi lado, que ciertamente reconocí, pero que parecía casi un susurro de los árboles—. Ahora estamos en el corazón del Bosque de los Muertos.

Nos sentamos en una roca cubierta de musgo y esperamos la salida del sol. Con maravillosa rapidez, me pareció, la luz del este pasó al resplandor de la madrugada, y cuando el viento se despertó y comenzó a susurrar en las copas de los árboles, los primeros rayos del sol naciente cayeron entre los troncos y formaron un círculo de oro a nuestros pies.

—Ahora, ven conmigo —susurró mi compañero con la misma voz profunda—, porque el tiempo no existe aquí, y lo que quiero mostrarte ya está allí.

Pisamos suave y silenciosamente sobre las delicadas agujas de pino. El sol ya estaba alto sobre nuestras cabezas y las sombras de los árboles se enroscaban a sus pies. El bosque volvió a hacerse más denso, pero de vez en cuando pasábamos por pequeños espacios abiertos donde podíamos oler el calor del sol y las agujas de pino, secas y horneadas. Luego llegamos al borde de la arboleda, y vi un campo de heno tendido en el resplandor del día, y dos caballos tomando el sol perezosamente, moviendo las colas en los ejes de un carro cargado de heno.

Tan completo y vívido era el sentido de la realidad, que recuerdo la comprensión

agradecida de la fresca sombra donde nos sentamos y miramos el cálido mundo más allá.

La última horca había arrojado su carga fragante, y los grandes caballos ya estaban tirando en los ejes detrás del cochero, mientras caminaba lentamente al frente con una mano sobre las bridas. Era un tipo fornido, con el cuello y las manos quemados por el sol. Entonces, por primera vez, noté, en lo alto del tembloroso trono de heno, la figura de una joven esbelta. No podía ver su rostro, pero su cabello castaño escapaba de un sombrero blanco, y sus manos aún más morenas sostenían un rastrillo gastado. Ella se reía y hablaba con el conductor, y él, de vez en cuando, le lanzaba miradas ardientes de admiración, miradas que obtenían sonrisas instantáneas y suaves sonrojos como respuesta.

El carro se metió en el camino que bordeaba el bosque donde estábamos sentados. Observé la escena con intenso interés y quedé tan absorto en ella que olvidé por completo los múltiples y extraños pasos por los que se me permitía convertirme en espectador.

—Baja y camina conmigo —gritó el joven, deteniéndose un momento frente a los caballos y abriendo los brazos—. ¡Salta! ¡Te atraparé!

—Oh, oh —se rió ella, y su voz me sonó como la risa más feliz y alegre que jamás había escuchado en una chica—. ¡Oh, oh! Eso está muy bien. ¡Pero recuerda que soy la Reina del Heno y debo cabalgar!

—Entonces debo ir y cabalgar a tu lado —gritó él, y comenzó a trepar de inmediato por el asiento del conductor. Pero, con una carcajada, ella se deslizó sobre el lomo del heno para escapar de él, y corrió un poco por el camino. Podía verla con bastante claridad, y noté la gracia natural y encantadora de sus movimientos, y la expresión amorosa en sus ojos mientras miraba por encima del hombro para asegurarse de que él la seguía. Evidentemente, no deseaba escapar, al menos no para siempre.

En dos zancadas, el galán corpulento y moreno fue tras ella, dejando que los caballos hicieran lo que quisieran. Un segundo más y sus brazos habrían agarrado la esbelta cintura y presionado el pequeño cuerpo contra su corazón. Pero, justo en ese instante, el anciano a mi lado profirió un grito peculiar. Fue bajo y emocionante, y me atravesó como una espada afilada.

Él la había llamado por su nombre, y ella lo había oído.

Por un segundo ella se detuvo, mirando hacia atrás con ojos asustados. Luego, con un breve grito de desesperación, la chica se desvió y se zambulló entre las sombras de los árboles.

Pero el joven vio el repentino movimiento y le gritó apasionadamente:

—¡Por ahí no, mi amor! ¡Por ahí no! ¡Es el Bosque de los Muertos!

Ella le lanzó una mirada risueña por encima del hombro, y el viento atrapó su cabello y lo levantó en una nube bajo el sol. Pero al minuto siguiente estaba muy cerca de mí, acostada sobre el pecho de mi compañero, y estaba seguro de escuchar las palabras pronunciadas repetidamente con muchos suspiros:

—Padre, me llamaste, y he venido. Y vengo de buena gana, porque estoy muy, muy cansada.

En cualquier caso, así me sonaron las palabras, y mezcladas con ellas me pareció captar la respuesta en ese susurro profundo y estremecedor que ya conocía:

—Y dormirás, hija mía, dormirás mucho, mucho tiempo, hasta que sea hora de comenzar el viaje de nuevo.

En ese breve segundo había reconocido el rostro y la voz de la hija del posadero, pero al minuto siguiente un espantoso gemido brotó de los labios del joven, y el cielo se oscureció de repente como la noche, el viento se levantó y comenzó a sacudir las ramas a nuestro alrededor, y toda la escena fue tragada por una ola de oscuridad absoluta.

De nuevo los dedos helados parecieron agarrar mi mano, y fui guiado por el camino por el que había llegado al borde del bosque, y cruzando el campo de heno, todavía dormido bajo la luz de las estrellas, me arrastré de regreso a la posada y me acosté.

Un año después me encontraba por casualidad en la misma parte del país, y el recuerdo de la extraña visión veraniega volvió a mí con la dulzura añadida de la distancia. Fui al viejo pueblo y tomé el té bajo los mismos árboles del huerto en la misma posada.

Pero la pequeña doncella de la posada no mostró su rostro, y aproveché la ocasión para preguntarle a su padre sobre su bienestar y su paradero.

—Se ha casado, sin duda —dije riendo, pero con un sentimiento extraño que se aferró a mi corazón.

—No, señor —respondió el posadero con tristeza—, no está casada, aunque iba a estarlo, sino muerta. Le dio una insolación en los campos de heno, pocos días después de que usted estuviera aquí, si no recuerdo mal. Nos dejó en menos de una semana.